

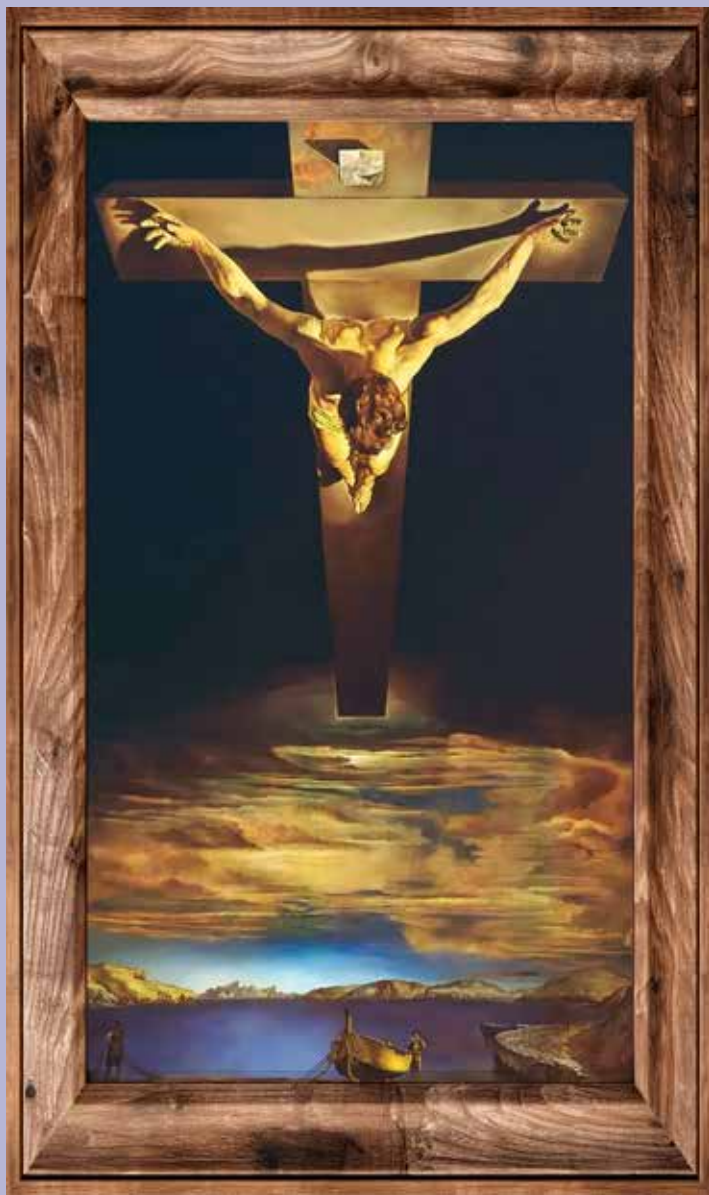


ADORACIÓN NOCTURNA ESPAÑOLA

CONSEJO DIOCESANO DE MADRID

BOLETÍN ARCHIDIOCESANO

Abril 2025 n.º 1.450



- 1 | Editorial**
- 3 | De nuestra Vida**
- 3 | Nuevo Presidente Diocesano
- 3 | Vigilia General Jueves Santo
- 4 | Crónica Encuentro de Zona Este
- 7 | Carta Convocatoria Encuentro de Zona Norte
- 9 | Programa 2º Acto Preparatorio del 150 aniversario
- 11 | Doctores de la Iglesia**
- 13 | Misterios del Rosario**
- 13 | Apostolado de la Oración**
- 14 | Tema de Reflexión**
- 17 | Calendario litúrgico**
- 22 | La Voz del Papa**
- 25 | El Catecismo de la Iglesia Católica**
- 27 | Calendario de Vigilias**
- 29 | Cultos en la Capilla de la Sede**
- 29 | Rezo del Manual**
- Contraportada - Ricón Poético**



Portada:

Cristo de San Juan de la Cruz

Salvador Dalí (1951)

Museo Kelvingrove —Glasgow—



Edita: ADORACIÓN NOCTURNA ESPAÑOLA
CONSEJO DIOCESANO DE MADRID.

Domicilio: C/ Barco, 29, 1.º 28004 Madrid
Tel. y Fax: 915 226 938 anemadrid1877@gmail.com
X @anemadrid1877 www.ane-madrid.org

Redacción: A. Caracuel, M. Escaso, A. Blanco, F. Garrido, A. Rodríguez de Robles, D. Ruiz.

Diseño, maquetación e impresión: Gráficas Arias Montano, S.A.

Depósito Legal: M-7548-2011

Cuenta Bancaria para cuotas y donativos:

ES30 0075 0123 5506 0096 9468

Código BIZUM: 07285

Mensaje del Santo Padre Francisco para la Cuaresma 2025

CAMINEMOS JUNTOS EN LA ESPERANZA

Queridos hermanos y hermanas:

Con el signo penitencial de las cenizas en la cabeza, iniciamos la peregrinación anual de la santa cuaresma, en la fe y en la esperanza. La Iglesia, madre y maestra, nos invita a preparar nuestros corazones y a abrirnos a la gracia de Dios para poder celebrar con gran alegría el triunfo pascual de Cristo, el Señor, sobre el pecado y la muerte, como exclamaba san Pablo: «La muerte ha sido vencida. ¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está tu aguijón?» (1 Co 15, 54-55). Jesucristo, muerto y resucitado es, en efecto, el centro de nuestra fe y el garante de nuestra esperanza en la gran promesa del Padre: la vida eterna, que ya realizó en Él, su Hijo amado (cf. Jn 10, 2 8; 17, 3).

En esta cuaresma, enriquecida por la gracia del Año jubilar, deseo ofrecerles algunas reflexiones sobre lo que significa *caminar juntos en la esperanza* y descubrir las llamadas a la conversión que la misericordia de Dios nos dirige a todos, de manera personal y comunitaria.

Antes que nada, *caminar*. El lema del Jubileo, “Peregrinos de esperanza”, evoca el largo viaje del pueblo de Israel hacia la tierra prometida, narrado en el libro del Éxodo; el difícil camino desde la esclavitud a

la libertad, querido y guiado por el Señor, que ama a su pueblo y siempre le permanece fiel. No podemos recordar el éxodo bíblico sin pensar en tantos hermanos y hermanas que hoy huyen de situaciones de miseria y de violencia, buscando una vida mejor para ellos y sus seres queridos. Surge aquí una primera llamada a la conversión, porque todos somos peregrinos en la vida. Cada uno puede preguntarse: ¿cómo me dejo interpelar por esta condición? ¿Estoy realmente en camino o un poco paralizado, estático, con miedo y falta de esperanza; o satisfecho en mi zona de confort? ¿Busco caminos de liberación de las situaciones de pecado y falta de dignidad? Sería un buen ejercicio cuaresmal confrontarse con la realidad concreta de algún inmigrante o peregrino, dejando que nos interpele, para descubrir lo que Dios nos pide, para ser mejores caminantes hacia la casa del Padre. Este es un buen “examen” para el viandante.

En segundo lugar, hagamos este viaje *juntos*. La vocación de la Iglesia es caminar juntos, ser sinodales. Los cristianos están llamados a hacer camino juntos, nunca como viajeros solitarios. El Espíritu Santo nos impulsa a salir de nosotros mismos para ir hacia Dios y hacia los hermanos, y nunca a encerrarnos en nosotros mismos.

Caminar juntos significa ser artesanos de unidad, partiendo de la dignidad común de hijos de Dios (cf. *Ga* 3, 26-28); significa caminar codo a codo, sin pisotear o dominar al otro, sin albergar envidia o hipocresía, sin dejar que nadie se quede atrás o se sienta excluido. Vamos en la misma dirección, hacia la misma meta, escuchándonos los unos a los otros con amor y paciencia.

En esta cuaresma, Dios nos pide que comprobemos si en nuestra vida, en nuestras familias, en los lugares donde trabajamos, en las comunidades parroquiales o religiosas, somos capaces de caminar con los demás, de escuchar, de vencer la tentación de encerrarnos en nuestra autorreferencialidad, ocupándonos solamente de nuestras necesidades. Preguntémonos ante el Señor si somos capaces de trabajar juntos como obispos, presbíteros, consagrados y laicos, al servicio del Reino de Dios; si tenemos una actitud de acogida, con gestos concretos, hacia las personas que se acercan a nosotros y a cuantos están lejos; si hacemos que la gente se sienta parte de la comunidad o si la marginamos. Esta es una segunda llamada: la conversión a la sinodalidad.

En tercer lugar, recorramos este camino juntos *en la esperanza* de una promesa. La *esperanza que no defrauda* (cf. *Rm* 5, 5), mensaje central del Jubileo [5], sea para nosotros el horizonte del camino cuaresmal hacia la victoria pascual. Como nos enseñó el Papa Benedicto XVI en la Encíclica *Spe salvi*, «el ser humano necesita un amor incondicionado. Necesita esa certeza que le hace decir: “Ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundi-

dad, ni criatura alguna podrá apartarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro” (*Rm* 8, 38-39)». Jesús, nuestro amor y nuestra esperanza, ha resucitado [7], y vive y reina glorioso. La muerte ha sido transformada en victoria y en esto radica la fe y la esperanza de los cristianos, en la resurrección de Cristo.

Esta es, por tanto, la tercera llamada a la conversión: la de la esperanza, la de la confianza en Dios y en su gran promesa, la vida eterna. Debemos preguntarnos: ¿poseo la convicción de que Dios perdona mis pecados, o me comporto como si pudiera salvarme solo? ¿Anhele la salvación e invoco la ayuda de Dios para recibirla? ¿Vivo concretamente la esperanza que me ayuda a leer los acontecimientos de la historia y me impulsa al compromiso por la justicia, la fraternidad y el cuidado de la casa común, actuando de manera que nadie quede atrás?

Hermanas y hermanos, gracias al amor de Dios en Jesucristo estamos protegidos por la esperanza que no defrauda (cf. *Rm* 5, 5). La esperanza es «el ancla del alma», segura y firme. En ella la Iglesia suplica para que «todos se salven» (*1 Tm* 2, 4) y espera estar un día en la gloria del cielo unida a Cristo, su esposo. Así se expresaba santa Teresa de Jesús: «Espera, espera, que no sabes cuándo vendrá el día ni la hora. Vela con cuidado, que todo se pasa con brevedad, aunque tu deseo hace lo cierto dudoso, y el tiempo breve largo» (*Exclamaciones del alma a Dios*, 15, 3).

Que la Virgen María, Madre de la Esperanza, interceda por nosotros y nos acompañe en el camino cuaresmal. ■

Nuevo Presidente Diocesano



El pasado sábado 8 de marzo se celebró la Asamblea Diocesana anual en la que se procedió a elegir al nuevo presidente diocesano de la Adoración Nocturna en Madrid tras la dimisión de nuestro presidente D. Juan Antonio Díaz. Tras la celebración de la eucaristía y los correspondientes informes de secretaría y tesorería, el presidente saliente tuvo unas palabras en las que pidió perdón por los errores cometidos en estos 8 años y agradeció personalmente a todos los que habían apoyado y confiado en él. También nos pidió que continuáramos siendo fieles a nuestra vocación adoradora según el carisma de D. Luis de Trelles, adorando y reparando en el silencio de la noche.

Posteriormente se procedió a la votación de la terna presentada por el Pleno que estaba formada por D. Fernando de Querol, Doña Laura Vicente y Don Francisco Javier Fernández. Siendo elegido por 150 votos (de un total de 154 emitidos D. Fernando de Querol Pagán, adorador nocturno de la Sección de Tres Cantos de la que ha sido presidente y delegado de la zona norte del Consejo Diocesano.

Agradecemos a: Fernando su disponibilidad y su entrega en este nuevo servicio que el Señor le pide para el bien de la Adoración y de la Iglesia. ■

Vigilia General de Jueves Santo

17 DE ABRIL

«Mientras estaban cenando, tomó Jesús un poco de pan; y después de haber recitado la bendición, lo partió y se lo dio diciendo: Tomad este es mi cuerpo» (Mc 14, 22).

Es la noche de la institución de la Eucaristía y del Sacerdocio ministerial.

Es la noche de Getsemaní; cuando el Señor nos pide que «velemos y oremos con Él para no caer en la tentación».

Es la noche en la que el Maestro nos convoca, de un modo especial, a todos los adoradores para recibirnos en «audiencia de amor» en vísperas de la conmemoración de su Pasión y Muerte.

Es para nosotros, el día de la Vigilia General de Jueves Santo, a la que os convocamos con toda la fuerza e ilusión de que somos capaces. Todos los Turnos y Secciones la celebrarán, no solo por ser obligatoria, según la disposición reglamentaria, sino por amor y gratitud al Señor.

Tendrá lugar en cada uno de los templos donde habitualmente se celebra la vigilia ordinaria mensual y para ello deberán, los responsables de los Turnos y Secciones, ponerse de acuerdo con los sacerdotes en todo lo referente a horario, duración, organización, etc. ■

Encuentro Eucarístico de Zona Este

El pasado sábado 22 de febrero se celebró en la Basílica de Nuestra Señora de la Concepción de Nuestra Señora, de Madrid, el Encuentro Eucarístico de la Zona Este organizado por el Consejo Diocesano de la Adoración Nocturna Española.

Al Encuentro asistieron los Turnos y Secciones de las Vicarías II y III, con la presencia de las banderas de las Secciones Primaria, Ciudad Lineal, Fátima y Canillejas.

El encuentro se inició a las siete de la tarde, con la participación de unas 150 personas. Los adoradores se reu-

nieron en el salón parroquial, donde recibieron la bienvenida por parte de Doña Pilar Rojas-Marcos, Vicepresidenta Diocesana, que dio paso a la intervención de D. Miguel Ángel Arribas, Director Espiritual Diocesano, quien hizo una emocionante reflexión sobre la Encíclica «Dilexit Nos», que nos invitó a leer, meditar y asimilar.

La charla fue tan intensa y profunda —deteniéndose en cada uno de los capítulos, aunque sólo superficialmente por el escaso tiempo— y sembró en los presentes tantas ideas e inspiraciones

que recogerlas aquí es imposible. Por citar algunas, indicó que «el mundo se cambia desde el corazón, no desde las ideas» y que «el amor nos debe mover a actuar». Recomendó dedicar media hora al día a la lectura contemplativa del Evangelio y, para quien asiste a Misa diariamente, llevar el Evangelio del día leído y meditado para que su proclamación cobre más fuerza en nosotros.



La encíclica insiste en que adorar el Corazón de Jesús es adorar a toda su persona, y D. Miguel Ángel destacó la «humanísima humanidad» de Cristo, y que en la adoración nos sentimos

traspasados por el amor entrañable de Jesús. Tenemos sed de amor de Dios, que Él nos calma por el Agua Viva que bebemos en la Palabra, la Adoración y la Eucaristía.



Amar y servir son inseparables, pero para eso hay que estar muy llenos de Cristo, pues no podemos dar lo que no tenemos; para eso hay que mirar a los demás con ojos de Fe. Acabó citando a San Juan de la Cruz «*donde no hay amor, pon amor y sacarás amor*».

Tras un breve coloquio, los asistentes compartieron un ágape —con abundantes y ricas viandas— regresando a su finalización al salón para rezar el Santo Rosario.

A las nueve y media de la noche los presentes se trasladaron al templo, donde se celebró la Eucaristía, con Vísperas, presidida por D. Miguel Ángel. Tanto en el transcurso del Rosario como durante la Misa, se dispuso de sacerdotes confesando.

Al finalizar la homilía recibieron su insignia dos nuevos adoradores, que profesaron el compromiso de fidelidad; se impusieron también cinco insignias de Adorador Veterano y una de Veterano Constante a adoradores cuya fidelidad se ve así reconocida, renovando todos su compromiso.

Tras la Eucaristía quedó expuesto el Santísimo Sacramento durante una hora en la que se dispuso de tiempo para adorar en silencio y para rezar el Oficio de Lecturas. Tras la Bendición y Reserva, los presentes se despidieron, cantando, de la Inmaculada Concepción, finalizando el encuentro alrededor de las doce y media de la noche. ■



Carta Convocatoria

Encuentro de Zona Norte

Estimado :

Un año más celebramos nuestros Encuentros Eucarísticos de Zona. Estos encuentros son una oportunidad de encontrarnos con hermanos adoradores de otros Turnos y Secciones de la diócesis y de esta manera fortalecer nuestro vínculo, ahondar en nuestro carisma y compartir experiencias.

Finalizamos la celebración de estos Encuentros en la Zona Norte (Vicarías I y VIII) a la que pertenece tu Turno. Se celebrará el próximo 26 de abril a las 18:00 horas en la Parroquia de San Gabriel de la Dolorosa (Calle Arte nº 4).

Se desarrollará con el siguiente programa:

18:00 Saludo a los participantes por el presidente diocesano

18:15 Ponencia y coloquio

CARTA ENCÍCLICA *DILEXIT NOS*
SOBRE EL AMOR HUMANO Y DIVINO
DEL CORAZÓN DE JESUCRISTO
D. Miguel Ángel Arribas
Director Espiritual Diocesano

19:30 Ágape fraterno

20:30 Vigilia especial

23:30 Despedida

Para el momento que dedicamos a la convivencia alrededor del ágape fraterno os pedimos que cada uno aporte una vianda sencilla para compartir con el resto. La actividad es abierta; podéis invitar a cuantos familiares y amigos queráis.

Para el mejor desplazamiento de cuantos asistan al Encuentro, se ha dispuesto de las líneas de autobuses que encontraras al dorso y que efectuarán las paradas que se indican, tanto a la ida como a la vuelta.

Espero poder saludarte personalmente ese día. Hasta entonces te envío un saludo con todo mi afecto.



Juan Antonio Díaz Sosa
Presidente Diocesa

Para el mejor desplazamiento de cuantos asistan al Encuentro, se ha dispuesto de las siguientes líneas de autobuses, que efectuarán las paradas que se indican, tanto a la ida como a la vuelta.

Línea	Hora	PARADA	Turno/Sección
1	16:20	Sector Pintores 11	Sección Tres Cantos
	16:45	Avenida de Colmenar Viejo con C/ Perpetuo Socorro	Sección San Sebastián de los Reyes
	16:55	Plaza de Felipe Álvarez Gadea, 1, Parroquia de San Pedro Apóstol	Secc. Alcobendas Turno 1
	17:00	Calle del Nardo, 44, Parroquia de Nuestra Señora de la Moraleja	Secc. La Moraleja
	17:10	Calle Oña 91	Turno 76
	17:20	Calle Silvano esquina calle Alcorisa	Turno 22
	17:25	Calle Ayacucho esquina Mar adriático	Turno 36
	17:35	Calle de López de Hoyos, esquina plaza Santos de la Humosa	Secc. Pinar del Rey
	17:40	Calle Manuel Uribe 1	Turno 35
2	17:05	Calle de Bravo Murillo, 150, Parroquia de San Antonio de Cuatro Caminos	Turno 52
	17:10	Calle de Bravo Murillo, esquina calle Pedro Villar	Secc. Peñagrande
	17:15	Calle de San Germán, 20, esquina calle Orense	Turno 50
	17:25	Paseo de la Castellana, 166, esquina Av. Alberto Alcocer	Turno 20
	17:35	Avenida Doctor Arce esquina calle de Leizaran (junto a Embajada de Grecia)	Turno 41
	17:40	Calle Príncipe de Vergara esquina Colombia	Sección Fuencarral
3	16:55	Calle de los Gavilanes, 11, Parroquia del Bautismo del Señor	Turno 52
	17:00	Calle Isla Saipán, 41, esquina Av. Cardenal Herrera Oria	Secc. Peñagrande
	17:10	Calle de la Senda del Infante, 22, Parroquia de Santa Teresa Benedicta de la Cruz	Turno 50
	17:15	Calle de Nuria, 47, Parroquia Nuestra Señora de las Nieves	Turno 20
	17:20	Av. Cardenal Herera Oria, esq. Calle Estrada (junto a concesionario Peugeot)	Turno 41
	17:30	Calle Islas Bermudas, 28; Parroquia de San Miguel Arcángel	Sección Fuencarral

IMPORTANTE:

1. El autobús tiene un coste que **debe ser sufragado en la medida de lo posible por los adoradores** que hagan uso de este.
2. **El Consejo Diocesano pondrá** al servicio de los adoradores y su mejor desplazamiento al lugar de celebración del encuentro **cuantos autobuses sean necesarios**.
3. Con el fin de optimizar el gasto, el número de líneas y su recorrido podrán ser modificados. Estas modificaciones se comunicarán a los adoradores.
4. **La reserva de plazas** del autobús **se hará antes del día 14 de abril** del por uno de los siguientes medios:
 - A través del Jefe de Turno o Presidente de Sección.
 - **Llamando** por teléfono al 915 226 938 los lunes y los jueves entre las 17:00 y las 20:00.
 - Enviando un **correo electrónico** a anemadrid1877@gmail.com.
 - Personalmente **en la sede del Consejo** Diocesano de Madrid, calle Barco 29.
5. **Líneas de metro 1 y 4.** Estaciones: Bambú , Pinar de Chamartín. ■

Programa 2º Acto preparatorio del 150 aniversario

Zaragoza, 17 y 18 de mayo de 2025

PROGRAMA DE ACTOS

Sábado 17 de mayo

14:00 horas Comida en el restaurante «**Rincón de Aragón**», en la Calle de Santiago, 3, al lado de la plaza de la Seo

16:30 horas En el **Salón de actos de la Casa de la Iglesia**, en la Plaza de la Seo, 6.

- **Apertura de la 2ª Jornada** dedicada al Venerable Luis de Trelles, fundador de la Adoración Nocturna Española.
 - **Conferencia.** DON JUAN CARLOS MOLLEJO SANCHEZ. «*La espiritualidad de la Adoración Nocturna según don Luis de Trelles*»
 - **Coloquio y pequeño descanso.**
 - **Conferencia.** DOÑA GLORIA BERMEJO REIGADA. «*La Lámpara del Santuario, la herencia espiritual de nuestro fundador*».
 - **Coloquio.**
-

19:00 horas Merienda – Cena en el claustro del Museo diocesano, justo al lado de la Casa de la Iglesia.

21:00 horas En la **Catedral-Basílica de la Virgen del Pilar**, **Vigilia Eucarística** presidida por MONSEÑOR Carlos Manuel Escribano Subias, arzobispo de Zaragoza.

Domingo 18 de mayo

11:00 horas En el **Salón de actos de la Casa de la Iglesia**, en la Plaza de la Seo, 6.

- **Conferencia.** DOÑA CARMELA PEREZ BUSTELO. «*Don Luis de Trelles y la Sección Adoradora y de las Camareras de Jesús Sacramento de Zaragoza*».
 - **Coloquio y pequeño descanso.**
 - **Clausura de la Jornada.**
-

13:00 horas Santa Misa en la Catedral - Basílica de la Virgen del Pilar.

14:30 horas Comida en el restaurante «**Rincón de Aragón**», en la Calle de Santiago, 3, al lado de la plaza de la Seo.

RESERVAS

Email: consejo@adoracion-nocturna.org

Teléfono: +34 658 47 48 24

ALOJAMIENTO

B&B Hoteles Zaragoza Plaza Mozart

Avenida de la Jota, 2 - 50014 Zaragoza

COMIDAS

Restaurante El Rincón de Aragón

Calle de Santiago, 3—Casco Antiguo - 50003 Zaragoza



OPCIÓN 1 - Viernes 16 a domingo 18

Habitación doble: 175 €/persona - Habitación individual: 240 €

(Incluye: 2 noches en régimen de AD, visita guiada a la ciudad, cena del viernes, comidas del sábado y domingo y merienda - cena en el seminario)

OPCIÓN 2 - Sábado 17 a domingo 18.

Habitación doble: 110 €/persona - Habitación individual: 140 €

(Incluye: 1 noches en régimen de AD, comidas del sábado y domingo y merienda - cena en el Museo Diocesano)

Bco Santander: ES79 0030 1017 8700 0055 1271

Poner en concepto: «Zaragoza 2025»

NOTA: Para facilitar los desplazamientos, se pondrá un autobús para los traslados del hotel a la Plaza de la Seo, y regreso.

DE LA FE EN LO QUE NO SE VE

— | —

En la vida social, también se creen muchas cosas sin ser vistas. La buena voluntad del amigo no se ve, pero se cree en ella. Sin alguna fe, ni siquiera podemos tener certeza del afecto del amigo probado.

Piensan algunos que la religión cristiana es más digna de burla que de adhesión, porque no presenta ante nuestros ojos lo que podemos ver, sino que nos manda creer lo que no vemos. Para refutar a los que presumen que se conducen sabiamente negándose a creer lo que no ven, les demostramos que es preciso creer muchas cosas sin verlas, aunque no podamos mostrar ante sus ojos corporales las verdades divinas que creemos.

En primer lugar, a esos insensatos, tan esclavos de los ojos del cuerpo que llegan a persuadirse que no deben creer lo que no ven, hemos de advertirles que ellos mismos creen y conocen muchas cosas que no se pueden percibir con aquellos sentidos. Son innumerables las que existen en nuestra alma, que es por naturaleza invisible. Por ejemplo: ¿qué hay más sencillo, más claro, más cierto que el acto de creer o de conocer que creemos o que no creemos alguna cosa, aunque estos actos estén muy lejos del alcance de la



visión corporal? ¿Qué razón hay para negarse a creer lo que no vemos con los ojos del cuerpo, cuando, sin duda alguna, vemos que creemos o que no creemos, y estos actos no se pueden percibir con los sentidos corporales?

Pero dicen: lo que está en el alma, podemos conocerlo con la facultad interior del alma, y no necesitamos los ojos del cuerpo; pero lo que nos mandáis creer, ni lo presentáis al exterior para que lo veamos con los ojos corporales ni está dentro en nuestra alma para que podamos verlo con el entendimiento. Dicen estas cosas como si a alguno se le mandara creer lo que ya tiene ante los ojos. Es preciso creer algunas cosas tempo-



rales que no vemos, para que seamos dignos de ver las eternas que creemos. Y tú, que no quieres creer más que lo que ves, escucha un momento: ves los objetos presentes con los ojos del cuerpo; ves tus pensamientos y afectos con los ojos del alma. Ahora dime, por favor: ¿cómo ves el afecto de tu amigo? Porque el afecto no puede verse con los ojos corporales. ¿Ves, por ventura, con los ojos del alma lo que pasa en el alma de otro? Y, si no lo ves, ¿cómo corresponderás a los sentimientos amistosos, cuando no crees lo que no puedes ver? ¿Replicarás, tal vez, que ves el afecto del amigo en sus obras? Verás, en efecto, las obras de tu amigo, oirás sus palabras; pero habrás de creer en su afecto, porque éste ni se puede ver ni oír, ya que no es un color o una figura que entre por los ojos, ni un sonido o una canción que penetre por los oídos, ni una afección interior que se manifieste a la conciencia. Sólo te resta creer lo que no puedes ver, ni oír; ni conocer por el testimonio de la conciencia, para que no quedes aislado en la vida sin el consuelo de la amistad, o el afecto de tu amigo quede sin justa correspondencia. ¿Dónde está tu propósito de no creer más que

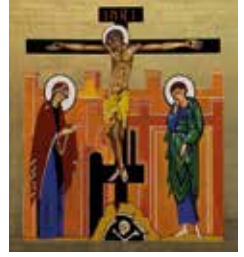
lo que vieres exteriormente con los ojos del cuerpo o interiormente con los ojos del alma? Ya ves que tu afecto te mueve a creer en el afecto no tuyo; y adonde no pueden llegar ni tu vista ni tu entendimiento, llega tu fe. Con los ojos del cuerpo ves el rostro de tu amigo, y con los ojos del alma ves tu propia fidelidad; pero la fidelidad del amigo no puedes amarla si no tienes también la fe que te incline a creer lo que en él no ves; aunque el hombre puede engañar mintiendo amor y ocultando su mala intención. Y, si no intenta hacer daño, finge la caridad, que no tiene, para conseguir de ti algún beneficio.

Pero dices que, si crees al amigo, aunque no puedes ver su corazón, es porque lo probaste en tu desgracia y conociste su fidelidad cuando no te abandonó en los momentos de peligro. ¿Te imaginas, por ventura, que hemos de anhelar nuestra desgracia para probar el amor de los amigos? Ninguno podría gustar la dulzura de la amistad si no gustara antes la amargura de la adversidad; ni gozaría el placer del verdadero amor quien no sufriera el tormento de la angustia y del dolor. La felicidad de tener buenos amigos, ¿por qué no ha de ser más bien temida que deseada, si no se puede conseguir sin la propia desgracia? Y, sin embargo, es muy cierto que también en la prosperidad se puede tener un buen amigo, aunque su amor se prueba más fácilmente en la adversidad. ■

San Agustín

CRUCIFIXIÓN Y MUERTE DE JESÚS

– Quinto Misterio Doloroso –



«Llegados al lugar llamado Calvario, le crucificaron allí a él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Jesús decía: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (...) Era ya cerca de la hora sexta cuando se oscureció el sol, y toda la tierra quedó en tinieblas hasta la hora nona. El velo del Santuario se rasgó por medio y Jesús, dando un fuerte grito dijo: “Padre, en tus manos pongo mi espíritu” y, dicho esto, expiró» (Lc 23, 33-46).

«Desde la hora sexta hubo oscuridad sobre toda la tierra hasta la hora nona. Y alrededor de la hora nona clamó Jesús con fuerte voz: “¡Elí, Elí!, ¿lemá sabactaní?” esto es: “¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?» (Mt 27, 45-46)

En la cruz, Jesús está totalmente unido a su Padre en una oración trágica de abandono que le empuja a poner su vida entre sus manos. Su oración culmina

en el gran grito que no cesa de resonar en el corazón de los que tienen oídos para escuchar y ojos para contemplar. Al mismo tiempo, mira a su Madre a la que asocia a su Pasión dolorosa y gloriosa para hacer de ella la Madre de todos los hombres. María está allí, de pie al pie de la cruz, y mira también a su Hijo con un amor de compasión, de tal manera que sus corazones están quebrantados en el mismo amor trinitario.

Oh María, a ti te ha enseñado el Espíritu Santo a no mirarte a ti misma, sino a fijar la mirada en tu Hijo en la cruz, de tal manera que has sufrido el martirio de la crucifixión, enséñanos la verdadera compasión, que se deja atraer por tu Hijo levantado sobre la tierra. Deposita en nuestros corazones tu amor de compasión para con nuestros hermanos que sufren. ■

Apostolado de la oración

Intenciones del Papa para el mes de abril 2025

POR EL USO DE LAS NUEVAS TECNOLOGÍAS

Oremos para que el uso de las nuevas tecnologías no reemplace las relaciones humanas, respete la dignidad de las personas, y ayude a afrontar las crisis de nuestro tiempo. ■

ABRIL 2025

Adorar e interceder

—PRO EIS—

Luis de Trelles concebía nuestras vigili-
as de Adoración como una audiencia
privada con el Rey. “Te presentamos el
memorial de nuestras súplicas” decía la
oración de presentación de adoradores
que él escribió. Era el momento en que el
jefe de turno ponía a los pies del Santísi-
mo todas las intenciones para la Vigilia
Nocturna. La adoración y la intercesión
van íntimamente unidas. Postrándonos
ante aquel que todo lo puede, es natural
que broten de nuestro corazón todas las
grandes necesidades que tiene nuestro
mundo y pidamos para que el Rey de
Reyes favorezca a sus pobres siervos.
Pero es que, además, Jesús en la Eucaris-
tía hace también eso: mostrar sus llagas
al Padre intercediendo por nosotros:

*Si pudiéramos escuchar, por ministerio de
la fe, la plegaria que se eleva del Sagrario
por nuestro bien, ¿cómo no agradecería-
mos tan augusta recomendación? Parece-
me ver presentar el Hijo al Padre aquella
larga vida de expiación, vida de la que un
suspiro solo, una lágrima era capaz de sal-
var cien mundos. Porque a uno y otra va
unido el infinito valor de la persona divi-
na que lo ofrece. Sin riesgo de equivocarse,
cabe afirmar que al ser presentados al cie-
lo por nuestro hermano en la carne todos
los inefables latidos de su divino pecho
producen sobreabundantes satisfaccio-*

*nes para el mundo pecador. ¡De cuántos
males nos libraré la intercesión de Jesús
Sacramentado! ¡A cuántas necesidades
espirituales y temporales acude el Señor
solicito y cuidadoso! El Señor provee desde
su trono de amor a todas nuestras urgen-
cias espirituales y temporales recabando
su amor de su infinito poder la asistencia
de que tenemos necesidad. ¡Cómo redun-
dará y rebosará de allí en olas de afecto y
en corrientes de gracia al mundo edificado
por Jesús, la eficacia de aquella su sangre
derramada, que místicamente vuelve a sa-
crificarse y ofrecerse tantas veces en el in-
cruento sacrificio! (...) Miremos reverentes
y agradecidos cuál sube del tabernáculo al
trono del Altísimo el clamor de los pobres.
Cuando se advierte lo que puede hacer la
oración dirigida humildemente a los pies
del trono del Eterno ¿cómo podremos infe-
rir, si fuese posible aventurar sobre ello un
juicio, el influjo misericordioso que ejerce
el divino Señor orando para desagraviar al
Rey de los reyes? (LS, Tomo I, p. 180-181).*

¡Qué hermosas palabras! Nosotros no
somos sino los pobres del Señor que se
quieren asociar a la intercesión que Je-
sús hace desde la Eucaristía. Uno de los
fines de la santa Misa es precisamente
el impetratorio. Impetrar no es sino
pedir favores. Ya lo dice el Catecismo
[2634] «La intercesión es una oración

de petición que nos conforma muy de cerca con la oración de Jesús». Jesús es el único intercesor, porque por sus méritos Él puede salvarnos, «siempre vivo para interceder en su favor» dice la Escritura y también del Espíritu Santo que «intercede por nosotros según Dios».

«Interceder no es otra cosa que pedir en favor de otro». Somos muy privilegiados al ser llamados como representantes de la humanidad para pedir, no para nosotros, sino para nuestros hermanos. Pedir por las necesidades del Papa, de la Iglesia, de la Patria. Con ello se manifiesta el misterio de la comunión de los santos. Unos por otros y Dios por todos. Y muy especialmente hemos de pedir por los pecadores. Por aquellos que están hundidos en sus vicios y perdidos en el error. Necesitan nuestra oración ante el Rey para conseguir su gracia. El ejemplo de Abraham intercediendo por Sodoma debería interpelarnos:

(Gén 18, 16-33) Dijo, pues, Yahveh: «El clamor de Sodoma y de Gomorra es grande; y su pecado gravísimo. Ea, voy a bajar personalmente, a ver si lo que han hecho responde en todo al clamor que ha llegado hasta mí, y si no, he de saberlo.» Y marcharon desde allí aquellos individuos camino de Sodoma, en tanto que Abraham permanecía parado delante de Yahveh. Abordó Abraham y dijo: «¿Así que vas a borrar al justo con el malvado? Tal vez haya cincuenta justos en la ciudad. ¿Es que vas a borrarlos, y no perdonarás a aquel lugar por los cincuenta justos que hubiere dentro? Tú no puedes hacer tal cosa: dejar morir al

justo con el malvado, y que corran parejas el uno con el otro. Tú no puedes. El juez de toda la tierra ¿va a fallar una injusticia?» Dijo Yahveh: «Si encuentro en Sodoma a cincuenta justos en la ciudad perdonaré a todo el lugar por amor de aquéllos. Replicó Abraham: «¡Mira que soy atrevido de interpelar a mi Señor, yo que soy polvo y ceniza! Supón que los cincuenta justos fallen por cinco. ¿Destruirías por los cinco a toda la ciudad?» Dijo: «No la destruiré, si encuentro allí a 45.» Insistió todavía: «Supón que se encuentran allí cuarenta.» Respondió: «Tampoco lo haría, en atención de esos cuarenta.» Insistió: «No se enfade mi Señor si le digo: “Tal vez se encuentren allí treinta”». Respondió: «No lo haré si encuentro allí a esos treinta.» Díjole. «¡Cuidado que soy atrevido de interpelar a mi Señor! ¿Y si se hallaren allí veinte?» Respondió: Tampoco haría destrucción en gracia de los veinte». Insistió: «Vaya, no se enfade mi Señor, que ya sólo hablaré esta vez: “¿Y si se encuentran allí diez?”» Dijo: «Tampoco haría destrucción, en gracia de los diez». Partió Yahveh así que hubo acabado de conversar con Abraham, y éste se volvió a su lugar.

Interceder es lo propio de un corazón conforme a la misericordia de Dios. No mira el propio interés sino el de los demás. Es colocarse entre y presentar a Dios los méritos de los justos para que se apiade de los pecadores... por las autoridades, por los que persiguen a la Iglesia, por los que sufren, por los enfermos. La gran intercesión es la de la Cruz. La de Jesús ante el Padre y la de María ante

Jesús. También nosotros como los santos podemos recoger la sangre de Cristo y presentarla ante el Padre por los pecadores. Como hizo santa Teresita con Pranzini y con los ateos de su tiempo:

«Un domingo, contemplando una estampa de nuestro Señor crucificado, quedé profundamente impresionada al ver la sangre que caía de una de sus manos divinas. Experimenté una pena inmensa al pensar que aquella sangre caía al suelo sin que nadie se apresurase a recogerla; y resolví mantenerme en espíritu al pie de la cruz para recibir el divino rocío que goteaba de ella, comprendiendo que luego tendría que derramarlo sobre las almas... A partir de esa gracia (conversión de Pranzini), mi deseo de salvar almas creció de día en día. Era un verdadero trueque de amor: A las almas les daba yo la sangre de Jesús, y a Jesús le ofrecía estas mismas almas refrescadas con su divino rocío, para aliviar su sed» (A 45v, 46v).

También al final de su vida, Teresita hacía de su adoración una oración de intercesión, en la prueba de la fe se sintió especialmente unida a los que no tenían fe: *«Jesús permitió que mi alma se viese invadida por las más densas tinieblas, y que el pensamiento del cielo, tan dulce para mí, no fuese más que un motivo de*

combate y de tormento... Pero, Señor, vuestra hijita ha comprendido vuestra divina luz. Os pide perdón para sus hermanos. Se resigna a comer, por el tiempo que vos tengáis a bien, el pan del dolor, y no quiere levantarse de esta mesa llena de amargura, donde comen los pobres pecadores, hasta que llegue el día por vos señalado. Pero, ¿acaso no puede ella también decir en su nombre y en nombre de sus hermanos: Tened piedad de nosotros, Señor, porque somos unos pobres pecadores? ¡Oh Señor, despídenos justificados. Que todos esos que no están iluminados por la antorcha de la fe la vean, por fin, brillar» (Ms C 5v.6r).

La Beata Isabel de la Trinidad nos enseña a unir esta intercesión a la presencia eucarística:

«Todos los domingos tenemos expuesto el Santísimo Sacramento en el Oratorio. Cuando abro la puerta y contemplo al divino Prisionero que me ha hecho a mí su prisionera en este querido Carmelo, me parece que se entreabre la puerta del cielo. Entonces pongo ante mí Jesús a todos cuantos llevo en mi corazón, y les encuentro nuevamente allí junto a Él. Es tan grande mi felicidad que valía la pena de comprarla a gran precio. ¡Oh, qué bueno es Dios» (Cta. 85). ■

Preguntas

- ¿Cuidamos el momento de presentar nuestras súplicas?
- ¿Soy intercesor o pedigüeño?
- ¿Pido más para mí o para los demás?
- ¿Qué manera hay de hacer más eficaz nuestra intercesión?

DÍA 17 ABRIL 2025

Jueves Santo

—HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO—

«Todos en la sinagoga tenían los ojos fijos en él» (Lc 4, 20). Llama la atención este pasaje del Evangelio, pues nos lleva a visualizar la escena, a imaginar ese momento de silencio en el que todas las miradas estaban concentradas en Jesús, en una mezcla de estupor y desconfianza. Sabemos sin embargo cómo terminaría: después de que Jesús hubo desenmascarado las falsas expectativas de sus compaisanos, estos «se enfurecieron» (Lc 4, 28), salieron y lo echaron fuera de la ciudad. Sus ojos habían estado fijos en Jesús, pero sus corazones no estaban dispuestos a cambiar a causa de su palabra. De ese modo, perdieron la oportunidad de sus vidas.

Pero hoy, en esta tarde de Jueves Santo, se produce un *cruce de miradas* alternativo. El protagonista es el primer Pastor de nuestra Iglesia, Pedro. Al principio, tampoco él dio fe a la palabra “desenmascarante” que el Señor le había dirigido: «Me habrás negado tres veces» (Mc 14, 30). Por eso, “perdió de vista” a Jesús y lo negó cuando cantó el gallo. Pero después, cuando “el Señor, dándose vuelta, lo miró, este recordó las palabras que él le había dicho. Y saliendo afuera, lloró amargamente” (cf. Lc 22, 61-62). Sus ojos se llenaron de lágrimas que, nacidas de un corazón herido, lo liberaron de convicciones y justificaciones falsas. Aquel llanto amargo le cambió la vida.

Las palabras y los gestos de Jesús durante tantos años no habían logrado mover a



Pedro de sus expectativas, parecidas a las de la gente de Nazaret. También él esperaba un Mesías político y poderoso, fuerte y resolutivo, y frente al escándalo de un Jesús débil, arrestado sin oponer resistencia, declaró: «No lo conozco» (Lc 22, 57). Y es verdad, no lo conocía, comenzó a conocerlo cuando, en la oscuridad de la negación, dio cabida a lágrimas de vergüenza, a las lágrimas de arrepentimiento. Y lo conocerá de verdad cuando, entristecido «de que por tercera vez le preguntara si lo quería», se dejó atravesar sin reservas por la mirada de Jesús. Entonces, del «no lo conozco» pasará a decir: «Señor, tú lo sabes todo» (Jn 21, 17).

Queridos hermanos sacerdotes, la curación del corazón de Pedro, la curación del Apóstol y la curación del Pastor son posibles cuando, heridos y arrepentidos, nos dejamos perdonar por Jesús; estas curaciones pasan a través de las lágrimas, del llanto amargo y del dolor que permite

redescubrir el amor. Por eso, desde hace tiempo siento la necesidad de compartir con ustedes, algunos pensamientos sobre un aspecto de la vida espiritual bastante descuidado, pero esencial. Lo propongo hoy con una palabra tal vez pasada de moda, pero que creo que nos haga bien redescubrir: la *compunción*.

¿Qué es la compunción? La palabra evoca el *pinzar*. La compunción es «una punción en el corazón», un pinchazo que lo hiere, haciendo brotar lágrimas de arrepentimiento. Nos ayuda a explicarlo otro episodio relacionado también con san Pedro. Él, tras pasado por la mirada y las palabras de Jesús resucitado el día de Pentecostés, purificado y lleno del fuego del Espíritu, proclamó a los habitantes de Jerusalén: «a ese Jesús que ustedes crucificaron, Dios lo ha hecho Señor y Mesías» (*Hch 2, 36*). Los que escuchaban advirtieron a la vez el mal que habían hecho y la salvación que el Señor derramaba sobre ellos, y «al oír estas cosas —dice el texto—, todos se conmovieron profundamente» (*Hch 2, 37*).

Esta es la compunción, no es un sentimiento de culpa que nos tumba por tierra, no es el escrúpulo que paraliza, sino que es un aguijón benéfico que quema por dentro y cura, porque el corazón, cuando ve el propio mal y se reconoce pecador, se abre, acoge la acción del Espíritu Santo, agua viva que lo sacude haciendo correr las lágrimas sobre el rostro. Quien se quita la máscara y deja que Dios mire su corazón recibe el don de estas lágrimas, que son las aguas más santas después de las del Bautismo. Queridos hermanos sacerdotes, hoy les deseo esto.

Pero es necesario comprender bien qué significan las *lágrimas de compunción*. No se

trata de sentir lástima de uno mismo, como frecuentemente nos vemos tentados a hacer. Esto sucede, por ejemplo, cuando estamos desilusionados o preocupados por nuestras expectativas frustradas, por la falta de comprensión por parte de los demás, tal vez hermanos de comunidad o superiores. También cuando, a causa de un extraño y malsano gusto de nuestro espíritu, nos regodeamos en los agravios recibidos para autocompadecernos, pensando que no nos han dado lo que merecíamos e imaginando que el futuro no nos depara otra cosa que continuas desilusiones. Esta —nos enseña san Pablo— es la tristeza según el mundo, opuesta a la tristeza que es según Dios.

Tener *lágrimas de compunción*, en cambio, es arrepentirse seriamente de haber entristecido a Dios con el pecado; es reconocer estar siempre en deuda y no ser nunca acreedores; es admitir haber perdido el camino de la santidad, no habiendo creído en el amor de Aquel que dio su vida por mí. Es mirarme dentro y dolerme por mi ingratitud y mi inconstancia; es considerar con tristeza mi doblez y mis falsedades; es bajar a los recovecos de mi hipocresía. La hipocresía clerical, queridos hermanos, es aquella hipocresía en la que nos resbalamos tanto, tanto. Tengan cuidado con la hipocresía clerical. Para después, fijar la mirada en el Crucificado y dejarme conmover por su amor que siempre perdona y levanta, que nunca defrauda las esperanzas de quien confía en Él. Así las lágrimas siguen derramándose y purifican el corazón.

La compunción, claro está, requiere esfuerzo pero restituye la paz; no provoca angustia, sino que aligera el alma de las cargas, porque actúa en la herida del pecado, disponiéndonos a recibir precisamente allí la caricia del Señor, que transforma el corazón

cuando está «contrito y humillado» (*Sal* 51, 19), suavizado por las lágrimas. La compunción es por tanto el antídoto contra la *esclerosis del corazón*, contra esa dureza del corazón que tanto denunció Jesús (cf. *Mc* 3, 5; 10, 5). El corazón sin arrepentimiento ni llanto se vuelve rígido. Primero se afianza en sus rutinas, después es intolerante con los problemas y las personas le son indiferentes, luego se torna frío y casi impasible, como envuelto en una coraza inquebrantable, y finalmente se vuelve un corazón de piedra. Pero, como una gota excava la piedra, así las lágrimas excavan lentamente los corazones endurecidos. Se asiste de esta manera al milagro de la tristeza, de la buena tristeza que lleva a la dulzura.

Comprendemos entonces por qué los maestros espirituales insisten sobre la compunción. San Benito invitaba cada día a «confesar diariamente a Dios en la oración, con lágrimas y gemidos, las culpas pasadas», y afirmaba que al rezar no seríamos escuchados «por hablar mucho, sino por la pureza de corazón y compunción de lágrimas». Y si para san Juan Crisóstomo una sola lágrima es capaz de apagar un brasero de culpas, en la *Imitación de Cristo* se recomienda: «Date a la compunción del corazón», en cuanto «por la liviandad del corazón y por el descuido de nuestros defectos no sentimos los males de nuestra alma». La compunción es el remedio, porque nos muestra la verdad de nosotros mismos, de modo que la profundidad de nuestro ser *pecadores* revela la realidad infinitamente más grande de nuestro ser perdonados, la alegría de ser *perdonados*. Por eso no nos debe extrañar la afirmación de Isaac de Nínive: «El que olvida la medida de sus propios pecados, olvida la medida de la gracia de Dios hacia él».



Es verdad, queridos hermanos y hermanas, cada uno de nuestros renacimientos interiores brotan siempre del encuentro entre nuestra miseria y la misericordia del Señor —se encuentran nuestra miseria y su misericordia—, cada renacimiento interior pasa a través de nuestra pobreza de espíritu, que permite que el Espíritu Santo nos enriquezca. Con esta luz se comprenden las fuertes afirmaciones de tantos maestros espirituales. Detengámonos otra vez en las afirmaciones paradójicas de san Isaac: «Aquel que conoce sus pecados [...] es más grande de aquel que con la oración resucita muertos. Aquel que llora una hora sobre sí mismo es más grande que quien sirve el mundo entero con la contemplación [...]. Aquel al que ha sido dado conocerse a sí mismo es más grande que aquel a quien le fue dado ver a los ángeles».

Hermanos, volvamos a nosotros sacerdotes y preguntémonos cuán presentes

están la compunción y las lágrimas en nuestro examen de conciencia y en nuestra oración. Interroguémonos si con el pasar de los años las lágrimas aumentan. Bajo este aspecto sería bueno que ocurriese al revés de como sucede en la vida biológica, en la que cuando crecemos lloramos menos que cuando éramos niños. Sin embargo, en la vida espiritual, en la que cuenta hacerse como niños (cf. *Mt* 18, 3), quien no llora retrocede, envejece por dentro, mientras que quien alcanza una oración más sencilla e íntima, hecha de adoración y conmoción ante Dios, madura. Se liza menos a sí mismo y más a Cristo, y se hace pobre de espíritu. De ese modo se siente más cercano a los pobres, los predilectos de Dios, que — como escribe san Francisco en su testamento — antes, «como estaba en mis pecados», los tenía lejos, pero cuya compañía, después, de amarga se convirtió en dulce. Y, de ese modo, quien se compunge de corazón se siente más hermano de todos los pecadores del mundo, se siente más hermano sin un atisbo de superioridad o de aspereza de juicio, sino siempre con el deseo de amar y reparar.

Y esta, queridos hermanos, es otra característica de la compunción, la *solidaridad*. Un corazón dócil, liberado por el espíritu de las Bienaventuranzas, se inclina naturalmente a hacer compunción por los demás; en vez de enfadarse o escandalizarse por el mal que cometen los hermanos, llora por sus pecados. No se escandaliza. Se realiza entonces una especie de vuelco, donde la tendencia natural a ser indulgentes consigo mismo e inflexibles con los demás se invierte y, por gracia de Dios, uno se vuelve severo consigo mismo y misericordioso con los demás. Y el Señor busca, especial-

mente entre los consagrados a Él, a quienes lloren los pecados de la Iglesia y del mundo, haciéndose instrumento de intercesión por todos. Cuántos testigos heroicos en la Iglesia nos indican este camino. Pensemos en los monjes del desierto, en Oriente y en Occidente; en la intercesión continua, entre gemidos y lágrimas, de san Gregorio de Narek; en la ofrenda franciscana por el Amor no amado; en sacerdotes, como el cura de Ars, que vivían en penitencia por la salvación de los demás. Queridos hermanos, esto no se trata de poesía, esto es el sacerdocio.

Queridos hermanos, a nosotros, sus Pastores, el Señor no nos pide juicios despectivos sobre los que no creen, sino amor y lágrimas por los que están alejados. Las situaciones difíciles que vemos y vivimos, la falta de fe, los sufrimientos que tocamos, al entrar en contacto con un corazón compungido, no suscitan la determinación en la polémica, sino la perseverancia en la misericordia. Cuánto necesitamos liberarnos de resistencias y recriminaciones, de egoísmos y ambiciones, de rigorismos e insatisfacciones, para encomendarnos e interceder ante Dios, encontrando en Él una paz que salva de cualquier tempestad. Adoremos, intercedamos y lloremos por los demás. Permitamos al Señor que realice maravillas. No temamos, Él nos sorprenderá.

Nuestro ministerio lo agradecerá. Hoy, en una sociedad secularizada, corremos el riesgo de mostrarnos muy activos y al mismo tiempo de sentirnos impotentes, con el resultado de perder el entusiasmo y de caer en la tentación de «tirar los remos en la barca», de encerrarnos en la queja y de hacer prevalecer la magnitud de los problemas sobre la inmensidad de Dios. Si esto

sucede, nos volvemos amargos y sarcásticos, siempre chismorreando, siempre encontrando una ocasión para quejarse. Pero si, por el contrario, la amargura y la compunción, en vez de dirigirse hacia el mundo, se dirigen hacia el propio corazón, el Señor no dejará de visitarnos y de alzarnos de nuevo. Como nos exhorta la *Imitación de Cristo*: «No te ocupes en cosas ajenas ni te entremetas en las causas de los mayores. Mira siempre primero por ti, y amonéstate a ti mismo más especialmente que a todos cuantos quieres bien. Si no eres favorecido de los hombres, no te entristezcas por eso, sino aflígete de que no te portas con el cuidado y circunspección que conviene».

Por último, quisiera señalar un aspecto esencial: la compunción no es el fruto de nuestro trabajo, sino que es una gracia y como tal ha de *pedirse en la oración*. El arrepentimiento es don de Dios, es fruto de la acción del *Espíritu Santo*. Para facilitar su crecimiento, comparto con ustedes dos pequeños consejos. El primero es el de no mirar la vida y la llamada en una perspectiva de eficacia y de inmediatez, ligada sólo al hoy y a sus urgencias y expectativas, sino en el conjunto del pasado y del futuro. Del pasado, recordando la fidelidad de Dios —Dios es fiel—, haciendo memoria de su perdón, anclándonos en su amor; y del futuro, pensando en el destino eterno al que estamos llamados, en el fin último de nuestra existencia. Ampliar los horizontes queridos hermanos, ampliar los horizontes ayuda a dilatar el corazón, estimula a entrar en uno mismo con el Señor y a experimentar la compunción. Un segundo consejo, que es consecuencia de esto: es redescubrir la necesidad de dedicarnos a una oración que no sea de compromiso y funcional, sino gratuita, serena y prolon-

gada. Hermano, ¿cómo está tu oración? Volvamos a la adoración y volvamos a la oración del corazón. ¿Te has olvidado de adorar? Repitamos: *Jesús, Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador*. Sintamos la grandeza de Dios en nuestra bajeza de pecadores, para mirarnos dentro y dejarnos atravesar por su mirada. Redescubriremos la sabiduría de la Santa Madre Iglesia, que nos introduce siempre en la oración con la invocación del pobre que grita: *Dios mío, ven en mi auxilio*.

Queridos hermanos, volvamos ahora a san Pedro y a sus lágrimas. El altar puesto sobre su tumba nos debe hacer pensar cuántas veces nosotros, que allí decimos cada día: «*Tomen y coman todos de él, porque esto es mi Cuerpo, que será entregado por ustedes*», cuántas veces decepcionamos y entristecemos a Aquel que nos ama hasta el punto de hacer de nuestras manos los instrumentos de su presencia. Está bien por tanto hacer nuestras aquellas palabras con las que nos preparamos en voz baja: «*Lava del todo mi delito, Señor, y limpia mi pecado*» (cf. *Sal 50*). En todo, hermanos, nos consuela la certeza que hoy nos ha sido entregada en la Palabra: el Señor, consagrado con la unción (cf. *Lc 4, 18*), ha venido «*a vendar los corazones heridos*» (*Is 61, 1*). Por tanto, si el corazón se rompe podrá ser vendado y curado por Jesús. Gracias, queridos sacerdotes, gracias por sus corazones abiertos y dóciles; gracias por sus fatigas y gracias por sus lágrimas, gracias por llevar la maravilla de la misericordia. Perdonen siempre, sean misericordiosos y lleven esta misericordia, lleven a Dios a los hermanos y a las hermanas de nuestro tiempo. Queridos sacerdotes, que el Señor los consuele, los confirme y los recompense. Gracias. ■

LA RESURRECCIÓN DE CRISTO, CLAVE DE BÓVEDA DEL CRISTIANISMO

Queridos hermanos y hermanas:

«*Et resurrexit tertia die secundum Scripturas*», «Resucitó al tercer día según las Escrituras». Cada domingo, en el Credo, renovamos nuestra profesión de fe en la resurrección de Cristo, acontecimiento sorprendente que constituye la clave de bóveda del cristianismo. En la Iglesia todo se comprende a partir de este gran misterio, que ha cambiado el curso de la historia y se hace actual en cada celebración eucarística.

Sin embargo, existe un tiempo litúrgico en el que esta realidad central de la fe cristiana se propone a los fieles de un modo más intenso en su riqueza doctrinal e inagotable vitalidad, para que la redescubran cada vez más y la vivan cada vez con mayor fidelidad: es el tiempo pascual. Cada año, en el «santísimo Triduo de Cristo crucificado, muerto y resucitado», como lo llama san Agustín, la Iglesia recorre, en un clima de oración y penitencia, las etapas conclusivas de la vida terrena de Jesús: su condena a muerte, la subida al Calvario llevando la cruz, su sacrificio por nuestra salvación y su sepultura. Luego, al «tercer día», la Iglesia revive su resurrección: es la Pascua, el paso de Jesús de la muerte a la vida, en el que se realizan en plenitud las antiguas profecías. Toda la liturgia del

tiempo pascual canta la certeza y la alegría de la resurrección de Cristo.

Queridos hermanos y hermanas, debemos renovar constantemente nuestra adhesión a Cristo muerto y resucitado por nosotros: su Pascua es también nuestra Pascua, porque en Cristo resucitado se nos da la certeza de nuestra resurrección. La noticia de su resurrección de entre los muertos no envejece y Jesús está siempre vivo; y también sigue vivo su Evangelio.

«La fe de los cristianos —afirma san Agustín— es la resurrección de Cristo». Los *Hechos de los Apóstoles* lo explican claramente: «Dios dio a todos los hombres una prueba segura sobre Jesús al resucitarlo de entre los muertos» (*Hch* 17, 31). En efecto, no era suficiente la muerte para demostrar que Jesús es verdaderamente el Hijo de Dios, el Mesías esperado. ¡Cuántos, en el decurso de la historia, han consagrado su vida a una causa considerada justa y han muerto! Y han permanecido muertos.

La muerte del Señor demuestra el inmenso amor con el que nos ha amado hasta sacrificarse por nosotros; pero sólo su resurrección es «prueba segura», es certeza de que lo que afirma es verdad, que vale también para nosotros, para todos los tiempos. Al resucitarlo, el Padre lo glorificó. San Pablo

escribe en la carta a los Romanos: «Si confiesas con tu boca que Jesús es Señor y crees en tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, serás salvo» (*Rm 10, 9*).

Es importante reafirmar esta verdad fundamental de nuestra fe, cuya verdad histórica está ampliamente documentada, aunque hoy, como en el pasado, no faltan quienes de formas diversas la ponen en duda o incluso la niegan. El debilitamiento de la fe en la resurrección de Jesús debilita, como consecuencia, el testimonio de los creyentes. En efecto, si falla en la Iglesia la fe en la Resurrección, todo se paraliza, todo se derrumba. Por el contrario, la adhesión de corazón y de mente a Cristo muerto y resucitado cambia la vida e ilumina la existencia de las personas y de los pueblos.

¿No es la certeza de que Cristo resucitó la que ha infundido valentía, audacia profética y perseverancia a los mártires de todas las épocas? ¿No es el encuentro con Jesús vivo el que ha convertido y fascinado a tantos hombres y mujeres, que desde los inicios del cristianismo siguen dejándolo todo para seguirlo y poniendo su vida al servicio del Evangelio? «Si Cristo no resucitó, —decía el apóstol san Pablo— es vana nuestra predicación y es vana también nuestra fe» (*ICo 15, 14*). Pero ¡resucitó!

El anuncio que en estos días volvemos a escuchar sin cesar es precisamente este: ¡Jesús ha resucitado! Es «el que vive» (*Ap 1, 18*), y nosotros podemos encontrarnos con él, como se encontraron con él las mujeres que, al alba del tercer día, el día siguiente al sábado, se habían dirigido al sepulcro; como se encontraron con él los discípulos, sorprendidos y desconcertados por lo que



les habían referido las mujeres; y como se encontraron con él muchos otros testigos en los días que siguieron a su resurrección.

Incluso después de su Ascensión, Jesús siguió estando presente entre sus amigos, como por lo demás había prometido: «He aquí que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (*Mt 28, 20*). El Señor está con nosotros, con su Iglesia, hasta el fin de los tiempos. Los miembros de la Iglesia primitiva, iluminados por el Espíritu Santo, comenzaron a proclamar el anuncio pascual abiertamente y sin miedo. Y este anuncio, transmitiéndose de generación en generación, ha llegado hasta nosotros y resuena cada año en Pascua con una fuerza siempre nueva.

De modo especial en esta octava de Pascua, la liturgia nos invita a encontrarnos personalmente con el Resucitado y a reconocer su acción vivificadora en los acontecimientos de la historia y de nuestra vida diaria. Por ejemplo, hoy, miércoles, nos propone el epi-

sodio conmovedor de los dos discípulos de Emaús (cf. *Lc 24, 13-35*). Después de la crucifixión de Jesús, invadidos por la tristeza y la decepción, volvían a casa desconsolados. Durante el camino conversaban entre sí sobre todo lo que había pasado en aquellos días en Jerusalén; entonces se les acercó Jesús, se puso a conversar con ellos y a enseñarles: «¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria?» (*Lc 24, 25-26*). Luego, empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras.

La enseñanza de Jesús —la explicación de las profecías— fue para los discípulos de Emaús como una revelación inesperada, luminosa y consoladora. Jesús daba una nueva clave de lectura de la Biblia y ahora todo quedaba claro, precisamente orientado hacia este momento. Conquistados por las palabras del caminante desconocido, le pidieron que se quedara a cenar con ellos. Y él aceptó y se sentó a la mesa con ellos. El evangelista san Lucas refiere: «Sucedió que, cuando se puso a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando» (*Lc 24, 30*). Fue precisamente en ese momento cuando se abrieron los ojos de los dos discípulos y lo reconocieron, «pero él desapareció de su lado» (*Lc 24, 31*). Y ellos, llenos de asombro y alegría, comentaron: «¿No estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?» (*Lc 24, 32*).

En todo el año litúrgico, y de modo especial en la Semana santa y en la semana de Pascua, el Señor está en camino con nosotros y nos

explica las Escrituras, nos hace comprender este misterio: todo habla de él. Esto también debería hacer arder nuestro corazón, de forma que se abran igualmente nuestros ojos. El Señor está con nosotros, nos muestra el camino verdadero. Como los dos discípulos reconocieron a Jesús al partir el pan, así hoy, al partir el pan, también nosotros reconocemos su presencia. Los discípulos de Emaús lo reconocieron y se acordaron de los momentos en que Jesús había partido el pan. Y este partir el pan nos hace pensar precisamente en la primera Eucaristía, celebrada en el contexto de la última Cena, donde Jesús partió el pan y así anticipó su muerte y su resurrección, dándose a sí mismo a los discípulos.

Jesús parte el pan también con nosotros y para nosotros, se hace presente con nosotros en la santa Eucaristía, se nos da a sí mismo y abre nuestro corazón. En la santa Eucaristía, en el encuentro con su Palabra, también nosotros podemos encontrar y conocer a Jesús en la mesa de la Palabra y en la mesa del Pan y del Vino consagrados. Cada domingo la comunidad revive así la Pascua del Señor y recibe del Salvador su testamento de amor y de servicio fraterno.

Queridos hermanos y hermanas, que la alegría de estos días afiance aún más nuestra adhesión fiel a Cristo crucificado y resucitado. Sobre todo, dejémonos conquistar por la fascinación de su resurrección. Que María nos ayude a ser mensajeros de la luz y de la alegría de la Pascua para muchos hermanos nuestros.

De nuevo os deseo a todos una feliz Pascua. ■

Benedicto XVI

Audiencia General. 26 de marzo de 2008

Creo en Dios, Padre Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra

Párrafo 1

CREO EN DIOS PADRE

«Yo soy el que soy»

Moisés dijo a Dios: «Si voy a los hijos de Israel y les digo: “El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros”; cuando me pregunten: “¿Cuál es su nombre?”, ¿qué les responderé?» Dijo Dios a Moisés: «Yo soy el que soy». Y añadió: «Así dirás a los hijos de Israel: “Yo soy” me ha enviado a vosotros [...] Este es mi nombre para siempre, por él seré invocado de generación en generación» (*Ex 3, 13-15*). ■

206

Al revelar su nombre misterioso de YHWH, «Yo soy el que es» o «Yo soy el que soy» o también «Yo soy el que Yo soy», Dios dice quién es y con qué nombre se le debe llamar. Este Nombre Divino es misterioso como Dios es Misterio. Es a la vez un Nombre revelado y como el rechazo de un nombre propio, y por esto mismo expresa mejor a Dios como lo que Él es, infinitamente por encima de todo lo que podemos comprender o decir: es el «Dios escondido» (*Is 45, 15*), su Nombre es inefable (cf. *Jc 13, 18*), y es el Dios que se acerca a los hombres. ■

207

Al revelar su nombre, Dios revela, al mismo tiempo, su fidelidad que es de siempre y para siempre, valedera para el pasado («Yo soy el Dios de tus padres», *Ex 3,6*) como para el porvenir («Yo estaré contigo», *Ex 3, 12*). Dios, que revela su Nombre como «Yo soy», se revela como el Dios que está siempre allí, presente junto a su pueblo para salvarlo. ■

208

Ante la presencia atrayente y misteriosa de Dios, el hombre descubre su pequeñez. Ante la zarza ardiente, Moisés se quita las sandalias y se cubre el rostro (cf. *Ex 3,5-6*) delante de la santidad divina. Ante la gloria del Dios tres veces santo, Isaías exclama: «¡Ay de mí, que estoy perdido, pues soy un hombre de labios impuros!» (*Is 6,5*). Ante los signos divinos que Jesús realiza, Pedro exclama: «Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador» (*Lc 5, 8*). Pero porque Dios es santo, puede perdonar al hombre que se descubre pecador delante de Él: «No ejecutaré el ardor de mi cólera [...] porque soy Dios, no hombre; en medio de ti yo el Santo» (*Os 11, 9*). El apóstol Juan dirá igualmente: «Tranquilizaremos nuestra conciencia ante él, en caso de que nos condene nuestra conciencia, pues Dios es mayor que nuestra conciencia y conoce todo» (*1 Jn 3, 19-20*). ■

209 Por respeto a su santidad el pueblo de Israel no pronuncia el Nombre de Dios. En la lectura de la Sagrada Escritura, el Nombre revelado es sustituido por el título divino «Señor» (*Adonai*, en griego *Kyrios*). Con este título será aclamada la divinidad de Jesús: «Jesús es Señor». ■

«Dios misericordioso y clemente»

210 Tras el pecado de Israel, que se apartó de Dios para adorar al becerro de oro (cf. *Ex* 32), Dios escucha la intercesión de Moisés y acepta marchar en medio de un pueblo infiel, manifestando así su amor (cf. *Ex* 33, 12-17). A Moisés, que pide ver su gloria, Dios le responde: «Yo haré pasar ante tu vista toda mi bondad (belleza) y pronunciaré delante de ti el nombre de YHWH» (*Ex* 33, 18-19). Y el Señor pasa delante de Moisés, y proclama: «Señor, Señor, Dios misericordioso y clemente, tanto a la cólera y rico en amor y fidelidad» (*Ex* 34, 5-6). Moisés confiesa entonces que el Señor es un Dios que perdona (cf. *Ex* 34, 9). ■

211 El Nombre divino «Yo soy» o «Él es» expresa la fidelidad de Dios que, a pesar de la infidelidad del pecado de los hombres y del castigo que merece, «mantiene su amor por mil generaciones» (*Ex* 34, 7). Dios revela que es «rico en misericordia» (*Ef* 2, 4) llegando hasta dar su propio Hijo. Jesús, dando su vida para librarnos del pecado, revelará que Él mismo lleva el Nombre divino: «Cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, entonces sabréis que Yo soy» (*Jn* 8, 28) ■

Solo Dios ES

212 En el transcurso de los siglos, la fe de Israel pudo desarrollar y profundizar las riquezas contenidas en la revelación del Nombre divino. Dios es único; fuera de Él no hay dioses (cf. *Is* 44, 6). Dios trasciende el mundo y la historia. Él es quien ha hecho el cielo y la tierra: «Ellos perecen, mas tú quedas, todos ellos como la ropa se desgastan [...] pero tú siempre el mismo, no tienen fin tus años» (*Sal* 102, 27-28). En Él «no hay cambios ni sombras de rotaciones» (*St* 1, 17). Él es «Él que es», desde siempre y para siempre y por eso permanece siempre fiel a sí mismo y a sus promesas. ■

213 Por tanto, la revelación del Nombre inefable «Yo soy el que soy» contiene la verdad de que sólo Dios ES. En este mismo sentido, ya la traducción de los Setenta y, siguiéndola, la Tradición de la Iglesia han entendido el Nombre divino: Dios es la plenitud del Ser y de toda perfección, sin origen y sin fin. Mientras todas las criaturas han recibido de Él todo su ser y su poseer. Él solo es su ser mismo y es por sí mismo todo lo que es. ■

Calendario de Vigilias de la Sección de Madrid

Abril 2025

TURNO	ABRIL	IGLESIA	DIRECCIÓN	TÉLEFONO	HORA DE COMIENZO
2	12	Santísimo Cristo de la Victoria	Blasco de Garay 33	915 432 051	23:00
3	12	La Concepción	Goya 26	915 770 211	22:30
4	4	San Felipe Neri	Antonio Arias 17	915 737 272	22:30
5	25	María Auxiliadora	Ronda de Atocha 27	915 304 100	21:00
7	22	Basilica La Milagrosa	García de Paredes 45	914 473 249	21:00
10	11	Santa Rita	Gaztambide 75	915 490 133	21:00
11	25	Espíritu Santo y Ntra. Sra. de la Araucana	Puerto Rico 29	914 579 965	21:45
15	11	San Vicente de Paul	Plaza San Vicente de Paul 1	915 693 818	21:00
16	11	San Antonio	Bravo Murillo 150	915 346 407	21:00
17	12	San Roque	Abolengo 10	914 616 128	21:00
19	25	Inmaculado Corazón de María	Ferraz 74	917 589 530	21:00
20	4	Ntra. Sra. de las Nieves	Nuria 47	917 345 210	21:30
22	12	Virgen de la Nueva	Calanda s/n	913 002 127	21:00
23	4	Santa Gema	Leizarán 24	915 635 068	22:00
24	4	San Juan Evangelista	Plaza Venecia 1	917 269 603	21:00
31	4	Santa María Micaela y San Enrique	San Germán 23	915 794 269	21:00
32	24	Nuestra Madre del Dolor	Avda. de los Toreros 45	917 256 272	21:00
33	3	San Germán	San Germán 26	915 554 656	21:30
35	25	Santa María del Bosque	Manuel Uribe 1	913 000 646	22:00
36	26	San Matias	Plaza de la Iglesia 2	917 631 662	21:00
39	10	San Jenaro	Vital Aza 81 A	913 672 238	
40	11	San Alberto Magno	Benjamín Palencia 9	917 782 018	21:00
41	11	Virgen del Refugio y Santa Lucia	Manresa 60	917 342 045	22:00
43	4	San Sebastián Mártir	Plaza de la Parroquia 1	914 628 536	21:00
45	25	San Fulgencio y San Bernardo	San Illán 9	915 690 055	22:00
46	4	Santa Florentina	Longares 8	913 133 663	21:00
47	11	Inmaculada Concepción	El Pardo	913 760 055	21:00
48	11	Ntra. Sra. del Buen Suceso	Princesa 43	915 482 245	21:30
49	25	San Valentín y San Casimiro	Villajimena 75	913 718 941	22:00
50	11	Santa Teresa Benedicta de la Cruz	Senda del Infante 20	913 763 479	21:00
52	3	Bautismo del Señor	Gavilanes 11	913 731 815	21:30
53	4	Santa Catalina de Siena	Juan de Urbietta 57	915 512 507	21:30
55	25	Santiago El Mayor	Santa Cruz de Marcenado 11	915 426 582	21:00
56	24	San Fernando	Alberto Alcocer 9	913 500 841	21:00
57	5	San Romualdo	Azcao 30	913 675 135	21:00
59	4	Santa Catalina Labouré	Arroyo de Opañel 29	914 699 179	21:00
61	5	Ntra. Sra. del Consuelo	Cleopatra 13	917 783 554	22:00
62	9	San Jerónimo el Real	Moreto 4	914 203 078	21:00
63	11	San Gabriel de la Dolorosa	Arte 4	913 020 607	22:00
64	25	Santiago y San Juan Bautista	Santiago 24	915 480 824	21:00
65	11	Ntra. Sra. de los Álamos	León Felipe 1	913 801 819	21:00
66	26	Ntra. Sra. del Buen Consejo (Colegiata S Isidro)	Toledo 37	913 692 037	21:00
71	11	Santa Beatriz	Concejal Francisco José Jimenez Martín 130	914 647 066	21:00
72	4	Nuestra Señora de la Merced	Corregidor Juan Francisco de Luján 101	917 739 829	21:00
73	4	Patrocinio de San José	Pedro Laborde 78	917 774 399	21:00
74	11	Santa Casilda	Parador del Sol 10	910 744 069	21:00
75	25	San Ricardo	Gaztambide 21	915 432 291	
76	25	Virgen del Cortijo	Oña 91 B	917 663 081	22:00

TURNO	ABRIL	IGLESIA	DIRECCIÓN	TELÉFONO	HORA DE COMIENZO
77	4	Santa María del Pozo y Santa Marta	Montánchez 13	917 861 189	21:00
78	25	Epifanía del Señor	Nuestra Señora de la Luz 64	914 616 613	21:30
79	11	Nuestra Señora de los Apóstoles	Luis de Hoyos Sainz 94 Bis	913 714 411	21:30

Calendario de Vigilias de las Secciones de la Diócesis de Madrid

SECCIÓN	ABRIL	IGLESIA	DIRECCIÓN	TELÉFONO	HORA DE COMIENZO
Fuencarral	5	San Miguel Arcángel	Islas Bermudas	917 340 692	21:30
Tetuán de las Victorias	24	Ntra. Sra. de las Victorias	Azucenas 34	915 791 418	21:00
Pozuelo de Alarcón T I	25	Asunción de Nuestra Señora	Iglesia 10	913 520 582	22:00
Pozuelo de Alarcón T II A	10	Casa Ejercicios Cristo Rey	Cañada de las Carreras Oeste 2	913 520 968	22:15
Pozuelo de Alarcón T II B	24	Casa Ejercicios Cristo Rey	Cañada de las Carreras Oeste 2	913 520 968	22:15
Ciudad Lineal	25	Ntra. Sra. de la Concepción	Arturo Soria 5	913 674 016	21:00
Campamento	25	Ntra. Sra. del Pilar	Plaza Patricio Martínez s/n	913 263 404	21:30
Fátima	11	Ntra. Sra. del Rosario de Fátima	Alcalá 292	913 263 404	21:00
Vallecas T I	25	San Pedro Ad Víncula	Sierra Gorda 5	913 311 212	21:00
Vallecas T II	24	Santa María Josefa del Corazón de Jesús	Avenida de la Gavia 25	914 254 468	21:00
Alcobendas T I	4	San Pedro	Plaza Felipe Alvarez Gadea 2	916 521 202	22:30
Pinar del Rey		San Isidoro y San Pedro Claver	Balaguer s/n	913 831 443	
Las Rozas T I	11	Nuestra Señora de la Visitación	Comunidad de Murcia 1	916 344 353	22:00
Las Rozas T II	25	San Miguel Arcángel	Cándido Vicente 7	916 377 584	21:00
Las Rozas T III	4	San José (Las Matas)	Amadeo Vives 31	916 303 700	21:00
Las Rozas T IV	25	Santa María de la Merced	Cabo Mayor 1	916 300 297	21:00
Peñagrande	25	San Rafael Arcángel	Islas Saipán 35	913 739 400	21:00
San Lorenzo de El Escorial		San Lorenzo Martir	Medinaceli 21	918 905 424	
Majadahonda	4	Santa María	Avda. España 47	916 340 928	21:00
Tres Cantos	26	Santa Teresa	Sector Pintores 11	918 031 858	22:30
La Navata - Colmenarejo	25	Santiago Apóstol	Ctra. de Valdemorillo 3 - Colmenarejo	918 589 152	21:00
La Moraleja	4	Ntra. Sra. de la Moraleja	Nardo 44	916 615 440	22:00
Villanueva del Pardillo	25	San Lucas Evangelista	Avda. JuanCarlos I, 62	918 150 712	21:00
San Sebastián de los Reyes	4	Ntra. Sra. de Valvanera	Avda. Miguel Ruiz Felguera 4	916 524 648	22:00
Canillejas	12	Santa María la Blanca	Plaza Villa de Canillejas 1	685 093 486	22:00

Los Turnos cuyas Vigilias ordinarias las celebran los días 17, 18 y 19, pasarán a celebrarlas los días 24, 25 y 26 respectivamente.

Todos los lunes: EXPOSICIÓN DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO
Y ADORACIÓN. Desde la 17:30 hasta las 19:30 horas.

Todos los jueves: SANTA MISA, EXPOSICIÓN DE S.D.M.
Y ADORACIÓN; 19:00 horas.

Mes de ABRIL de 2025

Día 3	Secc. de Madrid	Turno 23	Santa Gema Galgani
Día 10	Secc. de Madrid	Turno 24	San Juan Evangelista
Día 24	Secc. de Canillejas	Turno 1	Santa María la Blanca

Lunes, días: 7, 14, 21 y 28

Mes de MAYO de 2025

Día 8	Secc. de Madrid	Turno 31	Santa María Micaela
Día 15	Secc. de Madrid	Turno 32	Nuestra Madre del Dolor
Día 22	Secc. de Madrid	Turno 33	San Germán
Día 29	Secc. de Fuencarral	Turno 1	San Miguel Arcángel

Lunes, días: 5, 12, 19 y 26

Rezo del Manual para el mes de abril 2025

Esquema del Domingo I	del día 5 al 11 y del 19 al 25	pág. 47
Esquema del Domingo II	del día 12 al 16 y del 26 al 30	pág. 87
Esquema del Domingo III	del día 22 al 28	pág. 131
Esquema del Domingo IV	del día 1 al 4	pág. 171
Vigilia de Jueves Santo	día 17	pág. 457

Las antífonas del día 1 al 16 corresponden al Tiempo de Cuaresma, y también se puede rezar el Oficio propio de este tiempo en la página 353 y las de los días del 19 al 30 corresponden al Tiempo de Pascua que su Oficio propio está en la página 385.

Cristo



*Cristo, cristal purísimo
que no se rompe nunca.*

*Cristo, creo en tu cruz
que nutre nuestra arteria.*

*Bebo debajo de tu trono de espina,
duermo en un ala de tu cruz siempreviva
y no hay por qué pedirte por los hombres,
porque todos los hombres están en tu memoria,
en tu luz desbordante que los ama sin méritos.*

*Sé que te desvistes hasta morir de nuevo cada instante,
por los que son ingratos con los otros.*

*Cristo, cristal purísimo
que no se rompe nunca.*

*Cristo, creo en tu cruz
que nutre nuestra arteria.*

Gloria Fuertes